

La Teoría Social Lacaniana. Un paradigma emergente

Sergio Tonkonoff

(Conicet/UBA)

tonkonoff@gmail.com

La relevancia interdisciplinaria de la obra de Lacan resulta cada vez más evidente. Su presencia es transversal y oficia, ante todo, como una fuente estimulante para los más diversos desarrollos de las ciencias humanas contemporáneas. Se trata de una obra que ha sido analizada, debatida y apropiada no sólo por el campo propiamente psicoanalítico sino que, además, ha impactado en otros ámbitos: de la lingüística y la teoría literaria a la ontología y a la estética, de los estudios culturales y políticos a los estudios de género. Ahora bien, importa poner de manifiesto que, en el seno de esta gran heterogeneidad temática, problemática y disciplinaria, han comenzado a delinearse las estructuras elementales de una teoría social lacaniana. Importa señalar también que ella ha asumido una dirección consistentemente post-estructuralista. El presente texto es parte de un trabajo en proceso que se propone (re)construir sus articulaciones fundamentales.

El camino escogido consiste en partir de algunos de los resultados principales de la investigación estructuralista de cuño lacaniano en teoría social, para luego marcar, en relación con ellos, algunos de los desplazamientos que pueden caracterizarse como post-estructuralistas. Elegimos comentar ciertos textos de Althusser y de Laclau en los que, estimamos, este movimiento del estructuralismo al post en teoría social se produce sobre todo con las herramientas provistas por Lacan en el despliegue de su obra psicoanalítica.

Teoría social estructuralista

Un punto de llegada del estructuralismo clásico es la teoría de la sociedad que se presenta con líneas básicas y definidas en algunos textos claves de Althusser (Para leer el Capital, La

revolución teórica de Marx e Ideología y aparatos ideológicos de Estado). Como es sabido, Althusser buscó renovar la tradición marxista leyendo a Marx con las herramientas del estructuralismo. Creemos que lo hizo ante todo, apoyándose en el concepto de estructura que de Saussure a Levi-Strauss y Lacan se había ido desarrollando en su entorno intelectual, y que su propio trabajo contribuyó a elaborar. Es este un concepto que difiere de los anteriores modos (marxistas y no marxistas) de comprender de lo que sea una estructura en general, y las estructuras sociales en particular.

La estructura estructuralista es un sistema de reglas que organiza un conjunto de identidades diferenciales - es decir, identidades que se entienden como posiciones relativas que remiten una a la otra al interior del mismo sistema. Esta concepción encuentra su matriz principal en los *Cursos de Lingüística General* de Saussure, de allí que se la haya denominado “el modelo de la lengua”. Desde temprano en la obra de Levi-Strauss este modelo se generaliza para el estudio de todos los hechos sociales, y la sociedad pasa a ser comprendida como un conjunto de sistemas simbólicos. Esto es, como un conjunto de estructuras que pueden describirse, precisamente, con el modelo de la lengua. Por su parte, Lacan utilizó este modelo para releer el psicoanálisis freudiano y elaborar su propia teoría del sujeto.

En cuanto a Althusser, es posible afirmar que realiza una operación de re-lectura (estructuralista) sobre Marx análoga a la que Lacan le propinara a Freud. Interesa especialmente su teoría de la ideología, puesto que allí se conjugan la perspectiva de las estructuras sociales como estructuras simbólicas con los desarrollos psicoanalíticos lacanianos. Y porque esa teoría será luego retomada críticamente por Laclau (también por Žižek y Butler) en una reformulación postestructuralista (y lacaniana). Teoría que es pues un momento clave en la elaboración de una teoría social que tiene a los conceptos de Lacan por fuerzas motrices principales (aunque no únicas).

Digamos brutalmente que en Althusser encontramos una teoría de la sociedad como una totalidad estructural (sobredeterminada), totalidad que obtiene su cierre “desde dentro” (cierre topológico) en el sujeto. Todo ello es visible en el argumento de “Ideología y aparatos ideológicos de Estado”. Recordemos la pregunta de lo organiza: cómo se reproduce el modo de producción capitalista – donde modo de producción es el equivalente marxista de lo que la tradición sociológica conoce por sociedad. Cómo se reproduce pues una

sociedad capitalista. Su respuesta inicial es la siguiente: reproduciendo sus estructuras económicas. Y ello porque se parte del supuesto marxista que postula a la economía como la base de las formaciones sociales capitalistas. Ahora bien, Althusser reconoce enseguida que esa reproducción propiamente económica precisa el concurso de lo que el marxismo denomino, clásicamente también, como superestructuras políticas, jurídicas e ideológicas. Requiere, además, llegado el caso, el concurso de la fuerza militar y policial.

Dirá entonces que, sin dudas, la base económica de la sociedad se reproduce en campo de las relaciones de producción, es decir en la propia base del edificio social, pero que la superestructura cumple en esto un rol determinado también. De lo que se trata en definitiva es saber cuál es ese rol y ponderar su peso en el proceso de reproducción societal – lo que desde siempre constituyó un debate intenso del marxismo con el resto de los pensamientos de izquierda y en el interior del marxismo mismo. Althusser encara el problema de la superestructura con dos claros adversarios conceptuales en la mira: el economicismo por un lado y el fisicalismo por el otro. Contra el economicismo indica que las relaciones de producción no se reproducen solo en las fábricas. Contra el fisicalismo propone una nueva definición de Estado basada en la distinción entre aparatos represivos de Estado y aparatos ideológicos de Estado.

En cuanto a la ideología misma, los importantes desarrollos de Althusser pueden resumirse como sigue: la ideología es una estructura o sistema de signos que se halla presente en todas las formaciones sociales habidas y por haber (es eterna, como el inconsciente). Un sistema cuyos mecanismos centrales son la interpelación y la ritualización, y que cumple en establecer una relación imaginaria de los individuos a las que interpela con sus condiciones materiales de existencia. Cumple entonces en transformar a los individuos en sujetos, mediante la interpelación ideológica ritualizada. Cabe agregar que esos “individuos” no son otra cosa que los cuerpos pulsionales del psicoanálisis. Es la ideología la que socializa a esos cuerpos y los transforma propiamente en “individuos”. Es decir, en sujetos que creen ser esto o aquello según la estructura ideológica que los interpele exitosamente. En la modernidad capitalista: se crearán racionales, libres e iguales, responsables de sus actos y fundamentalmente independientes de su entorno social y natural. El individuo en tanto sujeto sujetado sería así uno de los resultados más importantes de la función ideológica.

Alcance y clausura estructuralistas. Apertura posestructuralista

Aun cuando los desarrollos anteriores hayan sido sumarios y esquemáticos, son suficientes para percibir los avances del enfoque estructuralista en la producción de un abordaje paradigmático en teoría social, tanto como sus limitaciones internas.

La imagen de sociedad que articula el estructuralismo no es ni la de un agregado de individuos que interactúan guiados por un interés auto-transparente, ni la de un modo de producción marxista – esto es, un edificio de base económica y superestructura jurídico-política-ideológica habitado por clases en conflicto. Antes bien, su imagen es la de un sistema de signos u orden simbólico: una cultura que fabrica sujetos inconscientemente sujetos a sus reglas, y que, por lo mismo, la reproducen. Aquí, las estructuras sociales son irremediamente estructuras productoras de sentido. Esto es necesario porque no hay ningún sentido que venga inscripto en el cuerpo pulsional ni en el mundo natural del que este cuerpo participa. Ninguna definición de lo que sea un sí mismo, de lo que sean los demás y lo que sea el mundo en general puede alcanzarse sin estructuras sociales de sentido que las produzcan.

Puede que se dude de la necesidad de generalizar esa función significante a todas las estructuras sociales – y esta reserva que caracteriza al estructuralismo clásico, salvo tal vez en Lacan. De lo que no hay dudas en este marco (es decir, en el marco de la intersección de Saussure y Freud) es que alguna/s estructura/s tienen necesariamente esa función. Así, las estructuras ideológicas en Althusser son “eternas” en su forma y mecanismos: no hay formación societal que no dependa de ellas para su reproducción en general, y para la reproducción de sus relaciones de producción en particular. La prueba de que, en los textos comentados, Althusser no da el paso a la generalización de la función simbólica de todas las estructuras societales, son sus comentarios sobre la “última instancia” de la determinación económica de las formaciones sociales capitalistas (aun cuando esa última instancia sea histórica y no universal). Pero acaso haya algo más importante que esa renuencia (táctica o por convicción, es lo mismo para el caso) a desprenderse del materialismo decimonónico para suscribir sin más al “materialismo” constructivista lacaniano. Esto es, el concepto de totalidad o sistema – o mejor, el concepto de sistema

como totalidad – que traslucen estos textos, y que, también en eso, los hace característicos del momento estructuralista.

La sociedad estructuralista –en tanto conjunto de sistemas significantes, orden simbólico o cultura– tiende a concebirse como un sistema cerrado. Sistema que, por decirlo así, totaliza a sus partes. En el caso de Althusser, aun cuando haya comprendido a la totalidad social como sobre-determinada, esa totalidad se encuentra (en última instancia) totalizada por la relación capital-trabajo. El sistema económico entonces, no solo carga aquí con los residuos del materialismo de la materia divorciado del materialismo de las palabras, sino que, además, es el sistema que unifica y subordina a los demás sistemas.

De manera que, como balance del momento estructuralista, podemos señalar una tensión. Por un lado, a través del modelo de la lengua, se logra una serie de principios paradigmáticos que consiguen des-sustancializar las identidades (tanto colectivas como individuales). Mientras que, por el otro, debido a ese mismo modelo, sustancializa a las estructuras en las que esas identidades relacionales tienen lugar. Y ello porque la noción estructuralista de estructura pide, precisamente, la sistematicidad del sistema: para que haya sistema tiene que haber un cierre o clausura. Clausura que en el caso comentado se alcanza en la economía, sistema que aquí, paradójicamente, vuelve a hacer las veces de base material de alguna manera pre- o a-simbólica. Y esto se agrega que los sistemas simbólicos se cierran también, del lado del sujeto, puesto que producen a los individuos (y a los grupos) como sujetados a sus reglas.

Vemos pues, mediante el ejemplo de Althusser, que la investigación lacaniana y filolacaniana en teoría social participó de la producción de esta “clausura estructuralista”. Pero hay que decir también que de ella logró salir del encierro por sus propios medios.

He aquí los dos más importantes: la apertura del modelo de la lengua a la multiplicidad del sentido y a la actividad del sinsentido. Nociones como la de la lengua y *point de capiton* corresponden al primer movimiento, y real, imposible y objeto a, al segundo. Algunas de estas nociones ya se encontraban en el momento estructuralista de la investigación de Lacan. Sin embargo, fueron adquiriendo creciente relevancia y profundizándose conceptualmente, debido precisamente a las aporías del modelo de la lengua. Esto permite verlas vías de salida del estructuralismo propiamente lacanianas. Y, dado que su ulterior desarrollo termina por reconfigurar retroactivamente el esquema conceptual del que

surgieron, es posible señalarlas como los medios de producción de una teoría social postestructuralista lacaniana.

Postestructuralismo Lacaniano

Exploraremos brevemente el camino al que conducen las nociones (filo)lacanianas de campo de la significación y punto de capitón o punto nodal tal como se presentan en la obra de Ernesto Laclau. Estas nociones conducen a una concepción del lenguaje en general y de la construcción de la realidad social en particular, diferente de la estructuralista – de la que es sin embargo tanto un desarrollo como una subversión.

También aquí el lenguaje sigue siendo un modelo epistemológico a la vez que se presenta como el espacio donde la realidad humana se construye. Esta decisión, netamente constructivista, acerca a los lacanianos que la toman a otros postestructuralismos (como el de Derrida). Sin embargo, en este caso no es del todo cierto que “no hay afuera del lenguaje” - o lo es de una manera particular. Existe, sin dudas, un “afuera” del lenguaje, pero sería, ante todo, lo que el lenguaje mismo produce como su exterior (lo real). Y ello puesto que debe procurar “cerrarse” o sistematizarse para alcanzar el sentido.

Esto quiere decir que tanto el interior como el exterior, el sentido y el sinsentido, son producciones discursivas; que no hay no-relación con el lenguaje para los sujetos humanos (sujetos parlantes); que aun lo que el lenguaje no puede nombrar se halla en relación con él. Pero quiere decir también que si el lenguaje construye la realidad social, política y subjetiva, lo hace al precio de producir al mismo tiempo un imposible para los sentidos vigentes; un residuo no eliminable de sin sentido que juega un rol dinámico como límite de todo sistema simbólico.

De modo que si aquí, como en el estructuralismo, puede hablarse de prevalencia del signo – en verdad, del significante– como modo de producción de la realidad, y puede afirmarse que, en consecuencia, los sistemas sociales son sistemas simbólicos. Pero también es cierto que el modelo del lenguaje cambia sensiblemente.

No sólo por la existencia paradójica de ese real insimbolizable que abisma el sentido al tiempo que permite su producción, sino también por el postulado de que ese sentido se produce, además, en un campo intertextual que tiene los caracteres del infinito.

Esto es, el lenguaje no es sólo lengua (sistema) y habla (actualización del sistema), no es sólo una estructura diferencial de signos que es actualizada por los hablantes a los que posiciona como sujetos (de sus enunciados). El lenguaje es “primero” (lógicamente) remisión infinita de un significante a otro. Esto es lo que Lacan llama a veces “lalengua” y Laclau denomino “campo de la discursividad”.

En el campo de la discursividad, el lenguaje en tanto campo de la discursividad, un sentido remite a otro continuamente, sin posibilidad de fijarse en ese nivel. Siendo esta la característica “primera” del lenguaje, cabe preguntarse entonces, cómo se produce un sentido relativamente definido. Aquí, como en el estructuralismo, el sistema es condición del sentido. Es preciso entonces producir el sistema – y esta es una notable diferencia con aquel enfoque antecedente, que sólo podía tenerlo por dado de antemano. La pregunta es entonces: en ese magma sin límites de la significación donde el sentido perpetuamente se desmorona puesto que una palabra remite a otra sin fin, cómo puede producirse una frase con sentido (un sistema elemental). Pues bien, puntuando, contestarán los lacanianos en su momento postestructuralista. Momento en el cual entonces el modelo ya no es el de la lengua sino el del discurso.

El discurso es una práctica articuladora que busca fijar parcialmente el sentido deslizante del campo de la discursividad a través de su puntuación o capitonage. Es decir, mediante un corte en la cadena significante que otorga (retroactivamente) sentido a su articulación. El modelo más elemental aquí es el de la producción de una frase: la oración solo alcanza un sentido relativamente definido cuando se la puntúa. La puntuación no es la única condición del sentido (muy relevante es también está el contexto) pero constituye acaso su condición mínima y, para Lacan, fundamental.

El modelo reducido a su mínima expresión, el modelo del discurso, es pues el modelo de la frase. Generalizado por Laclau y Mouffe para la teoría social, este modelo puede sintetizarse esquemáticamente como sigue: el punto de partida (lógico) para pensar el mundo social y sus dinámicas es un campo de la discursividad – entendido como un campo intertextual de sentidos múltiples e indefinidos, en el cual distintas prácticas articuladoras pugnan por establecer sentidos dominantes o hegemónicos a través de la institución de puntos nodales o de capiton. Es decir, a través de la producción y reproducción de sistemas de sentido que no pueden cerrarse sobre sí mismo puesto que se encuentran siempre

desbordados por el campo polisémico en el que se fundan y desfondan, tanto como por el real-imposible que instituyen y los subvierte desde su exterioridad-interior (desde su extimidad).

No pudiendo desarrollar aquí estas premisas, nos contentamos con decir que ellas consiguen bosquejar una teoría social tan cabalmente postestructuralista como lacaniana.

Una que reemplaza la polaridad estática lengua/habla por la concepción dinámica de práctica discursiva. Con ella la actividad de producción de sentido se convierte en una actividad política por cuanto el mundo social es un mundo hecho de sentidos (y sinsentidos), pero se trata de múltiples sentidos en pugna que luchan por prevalecer. La lucha social se convierte aquí en una lucha por la puntuación, por así decirlo. Puesto que se trata de instituir puntos nodales para hegemonizar un campo determinado (o mejor, determinándolo). Esos puntos nodales son no son otra cosa que significantes privilegiados mediante el investimento afectivo que los instituye como referencias últimas. Significantes que van a articular un sistema de los sentidos organizadores del campo social y van a producir en él posiciones de sujeto y subjetivaciones en los cuerpos pulsionales a los que interpelan. Todo sistema societal sería pues un sistema ideológico. La noción de ideología se generaliza y pasa de la superestructura a la infra estructura de la sociedad, en un empujón final a la puerta abierta por Althusser. La sociedad no es aquí otra cosa que un campo ideológico articulado por distintos puntos nodales que la “acolchan” otorgando cierta consistencia al campo en cuestión, y produciendo al mismo tiempo una exterioridad radical y constitutiva.

Se ve como Laclau, sirviéndose del instrumental Lacaniano completo (aunque no sólo de éste, por supuesto) reconfigura y generaliza la concepción althusseriana de ideología –ya ella misma preñada de psicoanálisis. Y otro tanto puede decirse de la concepción de hegemonía de Gramsci: dado que la “lingüística”, para decirlo con la expresión auto-irónica de Lacan, puede colocarla como clave de bóveda de una teoría discursiva de la sociedad, donde discurso es equivalente a materialidad.